

¿SENDEROS QUE SE BIFURCAN?

POLITICA

Cuando escribimos estas líneas, los argentinos atendemos a dos procesos políticos singularmente sugestivos: el nuestro y el checoslovaco. El tiempo dirá si recorreremos líneas paralelas; si éstas, al cabo, convergerán en algún punto o si son, por cien sutiles motivos, senderos que se bifurcan.

El proceso político de la Argentina ha sufrido cambios importantes. Si bien no era imprevisible, el relevo de los comandantes en jefe constituye un hecho político-castrense (lo que hoy es casi la misma cosa) de singular importancia. ¿Por qué decidió el Presidente producir ahora el hecho, arriesgando ciertos "costos" y eventuales reacciones, y no esperar tiempos más "naturales", como algunos observadores han señalado? Y en segundo lugar, cualquiera hubiera sido el tiempo en que el hecho se produjese, ¿no significa, por sí mismo, un cambio político decisivo?

El primer interrogante puede responderse a través de conjeturas distintas. No parece desdeñable el dato del cercano retorno del embajador Alvaro Alsogaray. Su presencia en la Argentina significará, sin duda, un nuevo actor en la vida política, con ideas propias acerca de lo que debe hacerse y con recursos e influencia suficiente para difundirlas y procurar adeptos. El análisis objetivo de las influencias de los actores nos llevaría a comprobar cierta ventaja constante en favor del Presidente —que además cuenta con el poder de su rol— en relación con los demás sectores. La presencia de Alvaro Alsogaray —sumada a la situación del general Julio Alsogaray como comandante en jefe— hubiera significado un cambio sensible. Puede interpretarse, quizás por esa vía de análisis, la "anticipación" de una decisión presidencial por muchos prevista para algún momento de este año.

Simultáneamente, la decisión presidencial sugiere una forma de consolidación del poder del general Onganía y, como otros han advertido, la "personalización" de la revolución. Este aspecto del proceso es, tal vez, el de mayor relieve. La personalización de la revolución puede entenderse en varios sentidos, no necesariamente excluyentes. En primer lugar, la paulatina subordinación de las fuerzas armadas al rol presidencial. O cuando menos, la tentativa de situarlas en esa forma de relación, distinta de la del puro control "sobre" el Presidente. La tentativa tiene signos positivos y negativos. Positivos, en cuanto la relación de subordinación es la adecuada a las exigencias de un sistema político bien restaurado o construido. Negativos, si no va acompañada por la construcción de los demás segmentos del sistema. En segundo lugar, y estrechamente vinculado con todo lo anterior, la "personalización" del proceso puede significar que tiende a imponerse la interpretación presidencial de la revolución sobre otras diferentes. Si esto es así, se hará más urgente conocer con mayor claridad los designios presidenciales, pues ellos quieren marcar nuestro futuro. Si el Presidente expone ideas claras, claro será el litigio en torno de nuestro porvenir. En caso contrario, tendrá éste la mayor o menor nitidez de aquellas ideas. Y en cualquier caso, la consolidación del poder presidencial se expondrá como un aspecto del proceso por lo menos ambivalente. Necesaria para la elaboración de fórmulas políticas estables, lleva consigo el riesgo de toda autocracia: **el problema de la transición.**

El caso checoslovaco ingresa, quizás, más adecuadamente, en este punto. Ciertamente es que factores políticos internacionales se cruzan con otros nacionales y con los económicos y culturales. Pero si se aspira a entender el

"miedo" soviético, la extraña decisión de invadir y negociar, la presunción aceptable de que dentro de la U.R.S.S. se libra un litigio tan intenso como entre el Kremlin y Praga, debe partirse tanto de la lógica interna de la "ideocracia" soviética —en este caso comunista, pero no esencialmente diferente de cualquier ideocracia—, cuanto de la importancia profunda del proceso checoslovaco.

En el primer caso, se ha puesto en evidencia cuáles son los límites de la ortodoxia en un régimen totalitario, que supone una ideología homogeneizante rígidamente controlada por los dueños del "cuarto de máquinas", que a su vez vigilan los humores y los talentos de sus "provincias" del imperio.

En el segundo caso, se ha revelado —y la reacción soviética es el mejor barómetro— lo que significa alentar la experiencia "descendente", desde un totalitarismo, a una autocracia y luego a un régimen relativamente liberal, aunque dentro de un socialismo económico. También en ese caso la transición es decisiva. Pero en un sentido tan patente, que parece ejemplar. Porque en rigor, un régimen no se "liberaliza" más que hasta un cierto punto. En estas cuestiones no hay vírgenes a medias. Se es o no se es. Porque en un punto del proceso lo que ocurre no es su "liberalización", sino sencilla pero decisivamente, el **cambio** del régimen: la revolución. Ese era —y tal vez vuelva a serlo— el camino de Dubcek: la reconciliación de la tradición liberal checoslovaca con el nuevo socialismo. Y la experiencia iba siendo tan explosiva, tan importante para el gran "sistema" imperial ruso de Europa oriental, que el oso, turbado, defendió su guarida. Claro que como él sabe hacerlo dentro del recinto de su "seguridad nacional".

Carlos Temple